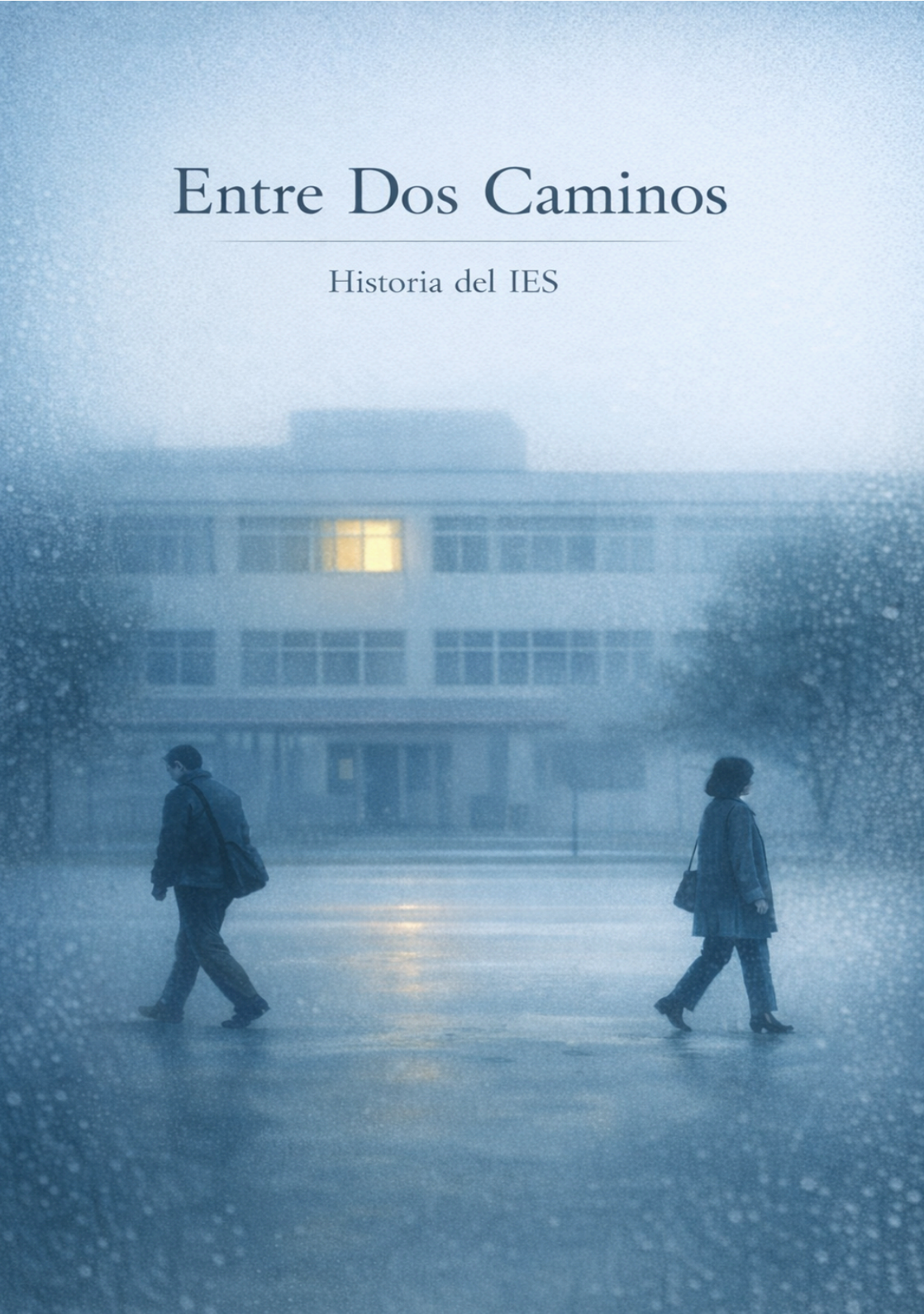


Entre Dos Caminos

Historia del IES



Dossier De Personajes

Laura Benítez (34) — Matemáticas — Tutora de 4º J

Rasgo central: Energía contagiosa

Ingeniera reconvertida en profesora tras descubrir que disfrutaba más explicando problemas que resolviéndolos en soledad. Convierte las matemáticas en un juego mental y un reto divertido. Como tutora de **4º J**, equilibra exigencia, humor y comprensión.

Personalidad: Dinámica, cercana, ingeniosa, resolutiva.

Miguel Aranda (52) — Física y Química

Rasgo central: Entusiasmo veterano

Antiguo investigador que cambió el laboratorio por la pizarra. Explica la ciencia como si fuera una aventura narrativa, mezcla rigor con humor y convierte los errores en oportunidades pedagógicas.

Personalidad: Apasionado, paciente, didáctico, irónico con cariño.

Clara Ríos (28) — Biología

Rasgo central: Frescura y cercanía

Reciente incorporación al claustro. Habla el lenguaje del alumnado sin perder autoridad. Usa referencias culturales actuales para explicar contenidos científicos y fomentar pensamiento crítico.

Personalidad: Entusiasta, empática, moderna, curiosa.

Óscar Valverde (45) — Tecnología

Rasgo central: Humor práctico

Procede del mundo industrial. Cree que casi todo problema tiene solución si se aborda con lógica, paciencia y una pizca de ironía. Transforma el aula en un pequeño taller creativo.

Personalidad: Pragmático, bromista, resolutivo, protector.

Marina Soler (39) — Tecnología / Digital

Rasgo central: Creatividad optimista

Diseñadora digital que decidió dedicarse a la docencia para empoderar a los jóvenes en el uso creativo de la tecnología. Fomenta proyectos innovadores y aprendizaje activo.

Personalidad: Ágil, creativa, motivadora, perspicaz.

Javier Montes (63) — Ciencias Aplicadas

Rasgo central: Experiencia con humor

Profesor veterano, testigo de generaciones y reformas educativas. Mezcla sabiduría, nostalgia y un humor tranquilo. Representa la memoria viva del centro.

Personalidad: Sereno, reflexivo, cercano, sabio.

Ricardo León (49) — Jefe de Estudios

Rasgo central: Pragmatismo cordial

Equilibra la gestión administrativa con la cercanía humana. Valora el buen clima del centro y trata de resolver conflictos sin apagar la motivación del profesorado.

Personalidad: Diplomático, organizado, empático, firme.

Elena Cortés (57) — Directora

Rasgo central: Autoridad cálida

Lidera el centro con firmeza y humanidad. Defiende la creatividad docente y la convivencia escolar, negociando entre las exigencias institucionales y el bienestar de la comunidad educativa.

Personalidad: Decidida, serena, estratégica, comprensiva.

4º J — Personaje colectivo (Alumnado)

Grupo activo, creativo y crítico. Participan, debaten, cuestionan y proponen. Funcionan como un motor de energía intelectual dentro del instituto.

Rasgo central: Curiosidad, iniciativa y pensamiento crítico.

RELACIONES ENTRE LOS PERSONAJES

Núcleo: Departamento de Ciencias

Relaciones cercanas, colaborativas y humorísticas. Existe confianza profesional y compañerismo, aunque todavía no se han explorado vínculos profundos.

Laura Benítez ↔ 4º J

Relación fuerte y directa. Liderazgo pedagógico basado en respeto, cercanía y exigencia equilibrada.

Laura Benítez ↔ Clara Ríos

Complicidad generacional y apoyo mutuo. Posible alianza para proyectos innovadores.

Laura Benítez ↔ Miguel Aranda

Respeto profesional y admiración cruzada.

Miguel Aranda ↔ Javier Montes

Amistad veterana. Comparten experiencias, humor y memoria institucional.

Miguel Aranda ↔ Óscar Valverde

Rivalidad amable y bromista entre disciplinas.

Clara Ríos ↔ Marina Soler

Conexión creativa emergente. Interés compartido por metodologías activas.

Clara Ríos ↔ 4º J

Cercanía natural y complicidad educativa.

Óscar Valverde ↔ Marina Soler

Relación dinámica, irónica y funcional. Buen tándem en proyectos tecnológicos.

Óscar Valverde ↔ 4º J

Relación distendida, basada en humor, retos prácticos y complicidad.

Javier Montes ↔ Claustro

Figura puente y referente moral. Respeto generalizado.

Javier Montes ↔ Ricardo León

Relación institucional serena y respetuosa.

Ricardo León ↔ Profesorado

Relación cordial y administrativa. Mediador entre normas y creatividad.

Ricardo León ↔ Elena Cortés

Confianza funcional y coordinación constante.

Elena Cortés ↔ Claustro

Autoridad cercana. Valora el trabajo del departamento de Ciencias.

Elena Cortés ↔ Laura Benítez

Interés especial por su rol como tutora de 4º J.

4º J ↔ Claustro

Relación activa, crítica y respetuosa. Observan dinámicas internas y participan en la vida académica.

Desencuentros azarosos (leves, humanos, no estructurales)

Laura Benítez ↔ Óscar Valverde

Un malentendido por el uso compartido del aula de informática: Laura reserva el espacio para un examen digital y Óscar ya había organizado un taller. El cruce termina con disculpas y un chiste... pero queda una ligera espina logística.

Clara Ríos ↔ Miguel Aranda

Diferencia metodológica puntual: Clara apuesta por dinámicas participativas; Miguel defiende una explicación más estructurada. El desacuerdo es cordial, aunque ambos se quedan pensando que el otro “no termina de entender” su enfoque.

Marina Soler ↔ Ricardo León

Un proyecto digital queda bloqueado por trámites administrativos. Marina siente que la burocracia frena la innovación; Ricardo siente que ella subestima los límites institucionales. El conflicto es breve, pero significativo.

Javier Montes ↔ Elena Cortés

Un comentario nostálgico de Javier sobre “cómo se enseñaba antes” es interpretado como resistencia al cambio. No hay choque directo, solo una distancia momentánea en la mirada.

Atracciones no exploradas (sutiles, latentes)

Laura Benítez → Miguel Aranda

Laura admira la forma en que Miguel explica la Física con pasión y

calma. No es un enamoramiento declarado, sino una atracción intelectual que roza lo personal.

Momento explicativo: tras una clase especialmente brillante de Miguel, Laura permanece unos segundos más en el aula, comentando un detalle aparentemente trivial... prolongando la conversación más de lo necesario.

Clara Ríos → Marina Soler

Clara siente una fascinación por la seguridad creativa de Marina. La atracción es ambigua: mezcla de admiración, inspiración y algo que ninguna ha nombrado.

Momento explicativo: ambas se quedan tarde preparando un proyecto digital; entre risas, comparten música y anécdotas personales. El ambiente se vuelve ligeramente distinto, sin cruzar ninguna frontera.

Óscar Valverde → Laura Benítez

Óscar siente una atracción silenciosa por la energía de Laura, que canaliza en bromas y comentarios irónicos para no exponerse.

Momento explicativo: durante un claustro, Óscar hace una broma pensada solo para ella; Laura ríe más de lo habitual, y él se queda observando la reacción un segundo de más.

Ricardo León → Elena Cortés

Existe una atracción profesional teñida de respeto y admiración personal. Nunca ha cruzado el terreno de lo explícito.

Momento explicativo: tras una reunión tensa, se quedan solos comentando decisiones difíciles. Hay una complicidad silenciosa que ninguno se atreve a verbalizar.

Tono general de las relaciones

Cercanas, positivas y colaborativas, con pequeños roces cotidianos, simpatías no confesadas y afectos latentes. Un ecosistema humano estable, pero lleno de microtensiones y posibilidades narrativas aún sin explotar.

Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Dani—. Sobre todo Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en Inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficientes.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Dani—. Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Dani—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se ablandó. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Dani—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Dani soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cuesta imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos.

Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirían su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

El documento no tenía nada de especial. Cuatro páginas grises, letra estándar, márgenes generosos. Podría haber sido uno más entre tantos, pero alguien había escrito a mano una frase en el borde derecho, como si no hubiera encontrado otro lugar donde dejarla.

No pasa nada. Pero algo está pasando.

Nadie firmó.

El instituto funcionaba. Eso era lo primero que decía el texto y, durante años, había sido verdad. Las clases empezaban a la hora prevista, los alumnos se quejaban de lo habitual y los profesores cumplían con una eficacia discreta, sin entusiasmo ni conflictos abiertos. Todo estaba en su sitio, o al menos eso parecía.

Aun así, algo había empezado a moverse por debajo. No un problema concreto, sino una sucesión de pequeñas variaciones: profesores que llegaban antes de tiempo, otros que se marchaban más tarde, conversaciones que se interrumpían al oír pasos en el pasillo. Nadie hablaba de ello. Nadie preguntaba.

El documento terminaba sin conclusiones. Solo recomendaba observar.

Laura Benítez entraba al instituto quince minutos antes que el resto.

No era puntualidad: era una costumbre. A esa hora el edificio aún no había despertado del todo. Las luces estaban encendidas a medias y el silencio tenía una densidad distinta, más limpia. Laura prefería ese momento previo, cuando nada había ocurrido todavía y todo seguía siendo posible.

Las aulas vacías le daban tranquilidad. Las mesas alineadas, la pizarra limpia, las ventanas cerradas. Un espacio sin imprevistos.

Laura no creía en las casualidades. Pensaba que la mayoría de las cosas se explicaban por acumulación: pequeños gestos repetidos durante demasiado tiempo. Creía en el cansancio, en la rutina y en la manera en que, sin darse cuenta, la gente empezaba a comportarse de forma distinta.

Nunca hablaba de su infancia. No porque fuera un tema delicado, sino porque ya no tenía utilidad. La consideraba un asunto cerrado, como una carpeta archivada que no hacía falta volver a abrir. Sabía quién había sido y sabía quién era ahora. Eso bastaba.

Su vida no era especialmente feliz ni infeliz. Era funcional. Se levantaba a la misma hora, seguía siempre el mismo camino y compraba en el mismo supermercado. No improvisaba. No sentía la necesidad de hacerlo.

En la sala de profesores ocupaba siempre la misma silla, cerca de la ventana. Dejaba el bolso en el respaldo y sacaba su cuaderno.

Escribía lo justo: fechas, nombres, observaciones breves. Nunca opiniones.

Desde hacía algunas semanas, Laura había empezado a notar cambios.

No hay grandes cambios. Nada que se pudiera señalar con claridad. Solo detalles. El profesor de Historia se quedaba más tiempo del necesario mirando el móvil. La jefa de estudios que bajaba la voz cuando alguien se acercaba. El silencio que aparecía de repente y luego se disolvía como si nunca hubiera existido.

Laura no preguntaba. Observaba.

Una mañana, mientras recogía unos exámenes de la impresora, encontró un documento olvidado. Reconoció el tono de inmediato: impersonal, cuidadoso, lleno de frases que decían lo suficiente para no comprometer a nadie.

Leyó hasta el final y entonces vio la nota escrita a mano.

No pasa nada. Pero algo está pasando.

Durante unos segundos no pensó en nada concreto. Solo sintió esa ligera incomodidad que aparece cuando una idea todavía no tiene forma, pero insiste en quedarse.

Doblando el papel, lo dejó donde correspondía. No comentó nada. No preguntó nada. No era su manera de hacer las cosas.

Ese día transcurrió como cualquier otro. Clases normales, alumnos normales, conversaciones normales. Al salir, Laura caminó hasta

casa siguiendo su ruta habitual. Preparó la cena, anotó lo imprescindible en su cuaderno y tachó las tareas cumplidas.

Antes de apagar la luz, volvió a pensar en la frase.

No con miedo.

Con atención.

Al día siguiente entraría, como siempre, quince minutos antes.

Y seguiría observando.

El miércoles empezó como todos los demás.

Laura llegó temprano, dejó el abrigo en la percha y abrió su cuaderno. Anotó la fecha y el horario del día. Nada parecía distinto. Sin embargo, tuvo la sensación de que el edificio estaba más lleno de lo habitual, aunque aún no hubiera nadie en los pasillos.

En la sala de profesores encontró a Marcos, el de Historia. No solía estar allí tan pronto. Él levantó la vista, sonrió brevemente y volvió a mirar el móvil.

—Buenos días —dijo Laura.

—Buenos días —respondió él, con un tono que no invitaba a seguir hablando.

Se hizo un silencio cómodo solo en apariencia. Marcos dejó el móvil boca abajo sobre la mesa, como si quisiera proteger la pantalla. Laura lo notó, pero no comentó nada. Preparó sus clases, revisó unos apuntes y esperó a que sonara el timbre.

Durante la primera hora, los alumnos estuvieron especialmente inquietos. Nada grave, solo esa agitación leve que aparece cuando algo flota en el ambiente sin nombre. Laura explicó la lección con precisión, repitiendo conceptos y manteniendo el ritmo. No levantó la voz en ningún momento.

Al cambiar de clase, vio a la jefa de estudios hablando con dos profesores cerca de las escaleras. Al acercarse, la conversación se interrumpió. Sonrieron. Dijeron algo irrelevante sobre los horarios. Luego se dispersaron.

No era la primera vez que ocurría.

En el recreo, la sala de profesores estaba más silenciosa de lo normal. Algunos docentes hablaban en pequeños grupos, otros fingían corregir exámenes. Nadie ocupaba el centro de la sala. Laura se sentó en su lugar habitual y abrió su cuaderno, aunque no escribió nada.

Escuchó palabras sueltas.

“Inspección”.

“Todavía no”.

“Mejor esperar”.

No preguntó a quién se referían ni a qué. Sabía que hacerlo cerraría más puertas de las que abriría.

Esa tarde, al salir del instituto, Laura notó que Marcos caminaba unos metros detrás de ella. No lo miró. Siguió su paso constante. Al llegar a la esquina, él se detuvo.

—Laura —dijo.

Ella se giró despacio.

—¿Sí?

Marcos dudó un segundo, como si estuviera calculando cuánto podía decir sin decir nada.

—¿Tú has notado... cosas raras últimamente?

Laura no respondió de inmediato. Pensó en el documento, en la nota manuscrita, en las conversaciones interrumpidas.

—He notado cambios —dijo al fin—. Nada concreto.

Marcos asintió. Parecía aliviado, aunque no sonrió.

—Eso es —dijo—. Cambios.

Se despidieron sin añadir nada más.

Esa noche, Laura escribió en su cuaderno una sola frase, más larga de lo habitual:

“Cuando nadie nombra algo, suele ser porque todavía no se sabe cómo hacerlo”.

Tachó la frase. No le gustó. Cerró el cuaderno y apagó la luz.

El viernes apareció una circular en el correo interno. Convocatoria extraordinaria de claustro. Sin motivo detallado. Sin orden del día.

Laura leyó el mensaje dos veces. No era habitual. Guardó el correo y continuó con su trabajo.

La reunión se celebró a última hora. Todos estaban presentes. Demasiados, pensó Laura, para una convocatoria tan vaga. La directora habló de cuestiones generales, de clima laboral, de la importancia de la comunicación. Nadie interrumpió.

Cuando preguntó si alguien quería intervenir, hubo un silencio prolongado. Demasiado largo.

Laura observó las manos apoyadas sobre la mesa, las miradas esquivas, los gestos mínimos. Pensó que, en realidad, todos sabían algo. No es lo mismo, pero algo.

La reunión terminó sin conclusiones claras.

Al salir, Laura volvió a ver el Documento 4B sobre una mesa. Esta vez alguien había añadido otra frase, escrita con una letra distinta, más inclinada:

“Cuando algo se mueve, ya es tarde para fingir que no existe”.

Laura no tocó el papel.

Salió del instituto con la certeza, por primera vez, de que la observación ya no sería suficiente

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

A las cinco en punto, alguien dijo:

—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal.

La reunión avanzaba con una monotonía técnica hasta que llegaron al grupo de 4º J. Ricardo León, con su habitual pragmatismo cordial, proyectó las calificaciones finales en la pantalla.

—Hay un desajuste en las actas de Biología y Tecnología —dijo Ricardo, sin levantar la vista de sus papeles—. Hemos tenido que realizar una revisión técnica de última hora para que las medias ponderadas cumplan con los objetivos del centro.

Laura Benítez frunció el ceño. Conocía los resultados de sus alumnos de memoria; aquellos números eran demasiado altos, casi quirúrgicos. Miró a **Clara Ríos** y **Óscar Valverde**, pero ambos evitaron su mirada, concentrados de pronto en sus propios bolígrafos.

—Esos no son los aprobados reales —intervino Laura, y su voz sonó más cortante de lo que pretendía en el silencio de la sala—. Se han modificado tres suspensos críticos en 4º J.

Elena Cortés, desde la cabecera, mantuvo una autoridad cálida pero firme.

—Laura, son ajustes administrativos necesarios para evitar impugnaciones innecesarias —explicó la Directora—. Firma el acta

y sigamos.El bienestar de la comunidad educativa a veces requiere de estas decisiones estratégicas.

Laura no firmó.En su lugar, sacó de su carpeta el **Documento 4B** que había encontrado en la impresora.. Lo deslizó sobre la mesa, justo encima de las actas relucientes. Alguien en la sala soltó un suspiro ahogado.

—Alguien escribió en este papel que "cuando algo se mueve, ya es tarde para fingir que no existe" —citó Laura, observando cómo la cara de Ricardo perdía su color habitual—. Si vamos a hablar de lo que está pasando en este instituto, hagámoslo ahora. Si no, mi firma no aparecerá en ese documento.

La junta terminó tres minutos después, no por acuerdo, sino por un silencio tan denso que Elena se vio obligada a levantar la sesión..

Al salir, Laura sintió el peso de la puerta cerrándose a sus espaldas..Javier Montes la miró con una mezcla de sabiduría y nostalgia, pero no dijo nada..Miguel Aranda se quedó un segundo de más en el aula, observando el acta sin firmar como si fuera un artefacto peligroso.

Laura caminó por el pasillo vacío. Ya no era solo una observadora puntual que llegaba quince minutos antes. Ahora era el obstáculo.

El acta estaba abierta sobre la mesa como una herida.

Laura Benítez no necesitaba gafas para leer los números; los conocía de memoria. Los había discutido en tutoría, los había explicado en cada boletín provisional, los había defendido —o asumido— en cada reunión con familias. 4º J no era un grupo brillante, pero era suyo. Y eso significaba algo.

Volvió a pasar la vista por la lista.

Dani Serrano —Lengua: 4.

Lucía Ortega —Matemáticas: 3.

Parpadeó.

No era posible.

En su cuaderno, en su registro digital, en las rúbricas archivadas en su ordenador, aquellas calificaciones eran otras. No mejores. No redentoras. Otras. Dani tenía un 2 claro, sostenido por tres evaluaciones consecutivas sin recuperación. Lucía, un 2,8 redondeado a 3 solo en el boletín interno, no en el acta final.

Y sin embargo allí estaban: 5 y 5.

Aprobados.

El silencio de la sala de profesores a última hora de la tarde tenía algo de iglesia vacía. Se oía el zumbido lejano de la fotocopidora y el arrastre de una silla en el despacho contiguo. Laura cerró el acta, la volvió a abrir. Pensó en un error informático. Pensó en una confusión de columnas.

Pero no había error. Solo una decisión.

Se levantó con el documento en la mano y caminó por el pasillo hasta Jefatura de Estudios. La puerta estaba entreabierta. Dentro, Ricardo León revisaba unos informes con la serenidad de quien cree tener todo bajo control.

—¿Tienes un momento? —preguntó ella, sin sentarse.

Ricardo alzó la vista y sonrió con profesionalidad aprendida.

—Para ti, siempre.

Laura dejó el acta sobre la mesa, girándola hacia él.

—Las notas de Dani y Lucía no son estas.

Ricardo no miró el papel de inmediato. Se quitó las gafas, las limpió con parsimonia.

—Sí, lo son —dijo al fin—. Las definitivas.

—No lo son. No he firmado ningún cambio.

Una pausa.

Ricardo apoyó las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Hemos valorado la situación de manera global. El contexto. Las circunstancias familiares. El impacto en la promoción del grupo.

Laura sintió cómo algo se tensaba dentro de ella, un hilo que llevaba años aprendiendo a no romper.

—¿Hemos?

—Dirección y Jefatura. —Su tono era suave, casi didáctico—. No queríamos generar más carga. Bastante tienes con 4º J.

Laura pensó en Dani, que había dejado exámenes en blanco. En Lucía, ausente durante semanas. Pensó en las tutorías, en las advertencias, en las oportunidades ofrecidas. En la conversación incómoda que sabía que tendría que mantener con ellos al repetir curso. En la honestidad incómoda que eso implicaba.

—No es carga —dijo—. Es responsabilidad.

Ricardo la miró con una mezcla de paciencia y cansancio.

—Laura, seamos realistas. Dani tiene a su padre en el consejo escolar. Lucía viene de una situación delicada. Suspenderlos ahora solo iba a crear un conflicto innecesario. El centro necesita estabilidad.

—¿Estabilidad o estadísticas? —preguntó ella.

La palabra quedó suspendida en el aire.

Ricardo suspiró.

—Mira, el porcentaje de promoción este año es clave. Nos jugamos recursos, programas, la imagen externa. No estamos hablando de un capricho. Estamos hablando de proteger el proyecto común.

Proyecto común.

Laura sintió que el término se desmoronaba por dentro.

—Mi proyecto común es que las notas reflejan la realidad —respondió—. Si aprobamos sin aprendizaje, ¿qué estamos evaluando?

Ricardo inclinó ligeramente la cabeza.

—Estamos evaluando también el bienestar del centro. A veces hay que ser pragmático.

Ella lo miró fijamente.

—Yo no he sido pragmática en ninguna de mis evaluaciones. He sido justa.

La reunión de evaluación final comenzó media hora después. El claustro se sentó alrededor de la mesa larga de la sala de juntas. Algunos evitaban mirarla. Otros fingían revisar papeles que ya conocían.

Ricardo abrió la sesión con tono neutro.

—Procedemos a la firma de actas de 4º J.

El documento circuló. Pasó por manos rápidas, firmas automáticas, trazos sin titubeo.

Cuando llegó a Laura, el murmullo de la sala se diluyó.

Ella leyó de nuevo los nombres. Dani. Lucía.

Ricardo la observaba desde el otro extremo.

—Laura —dijo con voz tranquila—, necesitamos cerrar hoy.

Ella dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—No voy a firmar.

El aire se volvió denso.

—¿Perdona? —preguntó alguien, casi en susurro.

Laura no levantó la voz.

—Las calificaciones han sido modificadas sin mi consentimiento como tutora. No puedo validar algo que no he evaluado así.

Un crujido de silla. Un carraspeo.

Ricardo mantuvo la compostura.

—Las decisiones se han tomado en equipo.

—No conmigo.

Un silencio más largo esta vez. Incómodo. Medido.

—Estás bloqueando el proceso administrativo —dijo Ricardo, aún con ese tono de calma que empezaba a resquebrajarse—. El plazo termina mañana.

—Entonces habrá que revisar las notas —respondió ella.

Algunos profesores bajaron la vista. Otros intercambiaron miradas rápidas, como si el conflicto fuera una corriente eléctrica que nadie quería tocar.

—Laura —insistió Ricardo—, no dramatices. Es una cuestión menor.

—Para mí no lo es.

Y en esa frase cabía todo: los años de esfuerzo, las horas extra corrigiendo, las reuniones tensas con familias, la convicción íntima de que la educación no podía sostenerse sobre maquillajes.

Ricardo la sostuvo con la mirada unos segundos que parecieron minutos.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

El acta quedó sin firma. El bolígrafo, inmóvil. El procedimiento, suspendido.

La reunión terminó sin aplausos ni despedidas. Nadie se acercó a ella. Nadie le recrimina tampoco. Era más fácil así: no elegir bando, no arriesgar.

Al salir al pasillo, Laura sintió el peso de todas las puertas cerradas. Sabía lo que vendría: conversaciones a media voz, correos formales, distancias sutiles en la sala de profesores. La etiqueta invisible.

Problemática.

Rebelde.

Incómoda.

Pero también sabía otra cosa: que cuando mirara a Dani y a Lucía a los ojos, no tendría que apartar la vista.

Y, en un centro donde casi todo empezaba a medirse en porcentajes, esa pequeña coherencia era lo único que aún no estaba dispuesta a negociar.

Capítulo V

Laura notó el cambio antes que nadie.

No hubo una conversación concreta ni un gesto claramente hostil. Nadie dejó de saludarla ni la enfrentó directamente. El cambio fue más sutil, casi imperceptible, como una corriente de aire que se cuela por una rendija mal cerrada.

No era que la miraran distinto.

Era que ella empezó a mirarse a sí misma con cautela.

De pronto, cada palabra parecía tener un recorrido que ya no controlaba del todo. Cada silencio podía interpretarse. Cada decisión mínima —sentarse en un lugar u otro, salir antes o después, intervenir o no en una reunión— adquiere un peso que antes no tenía.

Empezó a pensar en términos nuevos: *cómo suena, cómo se ve, quién puede estar observando*.

Como si existiera una versión pública de ella que circulaba por el instituto sin pedirle permiso.

Las conversaciones se volvían breves cuando ella se acercaba. No bruscas, no incómodas, sólo más cortas. Las frases parecían cerrarse antes de tiempo. Nadie decía nada impropio. Nadie hacía preguntas.

Ese era el problema.

Miguel, en cambio, intentó normalizar todo.

Seguía hablando igual.

Seguía sonriendo.

Seguía ocupando el espacio como siempre, con esa seguridad que no necesitaba demostrarse.

—No te ralles —le dijo una tarde, apoyado en el marco de la puerta—. Aquí siempre pasa lo mismo. Rumores, tensiones... luego se disuelve.

Laura lo escuchó sin interrumpirlo. Asintió incluso. Sabía que Miguel hablaba desde la convicción, no desde la indiferencia. Para él, el conflicto era algo externo, pasajero, casi anecdótico.

Eso fue lo que más le dolió.

No su actitud, sino la distancia que revelaba. Miguel podía permitirse creer que nada estaba cambiando porque, en efecto, para él nada había cambiado todavía. Nadie lo observaba con lupa. Nadie reinterpretaba sus silencios.

Laura empezó a medir sus pasos. A revisar mentalmente conversaciones pasadas. A preguntarse cuándo había empezado todo, aunque intuía que esa pregunta no tenía una respuesta clara.

La distancia no se instaló de golpe. Se fue construyendo con la misma lógica que ella siempre había defendido: repetición, desgaste, acumulación.

Y esta vez, no era ella quien la controlaba.

Laura no solía volver ahí.

Pero cuando la situación se tensó de verdad, cuando dejó de ser una incomodidad difusa y empezó a parecer una amenaza concreta, su memoria abrió ese archivo sin pedirle permiso.

Recordó bares de madrugada.

Mesas pegajosas, humo viejo, vasos mal aclarados.

Libros abiertos junto a platos sucios, subrayados a medias, páginas dobladas por falta de tiempo.

Recordó el cansancio de quien aprende demasiado pronto a no pedir nada. Las horas largas. El ruido constante. La sensación de estar siempre de paso, incluso en los lugares que se suponía que eran propios.

Recordó las promesas que se había hecho entonces, con una seriedad que no admitía fisuras: *no depender de nadie, no deber nada, no necesitar explicaciones.*

Había cumplido casi todas.

Por eso, cuando la situación empezó a volverse incómoda, Laura no pensó en justicia. No pensó en aclaraciones públicas ni en versiones oficiales. No pensó en defenderse de algo que nadie había formulado todavía.

Pensó en sobrevivir.

En qué decisiones tomar para no quedar atrapada.

En qué silencios convenía sostener.

En cuánto espacio era seguro ocupar sin exponerse demasiado.

No era cobardía. Era memoria.

Había aprendido hacía tiempo que los conflictos raramente se resuelven de forma limpia. Que no siempre gana quien tiene razón, sino quien aguanta más tiempo sin quebrarse.

Cerró ese archivo mental con cuidado.

No para olvidarlo.

Para usarlo.

Sabía que lo que venía exigiría algo más que observación.

Y estaba preparada.

Capítulos

DOSSIER DE PERSONAJES	0
RELACIONES ENTRE LOS PERSONAJES	4
Prólogo	10
Capítulo I	12
Capítulo II	16
Capítulo III	19
Capítulo V	30
Capítulo VI	33